

Neruda y Allende en mis recuerdos

Un medio día, divisé la silueta de Pablo Neruda. Caminaba lento, con cierta indiferencia, con atuendo deportivo, calada su gorra y en sus manos se veía varios libros.

Carlos Iván Zúñiga G.

Este septiembre recién pasado me encontré leyendo la biografía de Pablo Neruda escrita por Volodia Teitelboim. El día veintitrés cumplió Neruda veinticinco años de muerto. Como viví tan intensamente aquel drama de Chile, el paso del tiempo tan vertiginoso ha causado gran extremo cimientado en mi ya temeroso calendario. Yo conocí a Neruda en el Aula Máxima del Instituto Nacional. Allí llegué invitado por el Rector de la Universidad, el Dr. Octavio Méndez Pereira. Lo que recuerdo de aquella noche me proyecta un Neruda pausado, de voz gangosa, pero de dulce cantar. Nos brindó un hermoso recital. Supo combinar sus versos de amor con sus poesías revolucionarias. Dedicó poemas duros a Laureano Gómez y más duros a Getulio Vargas. Al recitar su elegía a la madre de Luis Carlos Prestes con motivo de su muerte, el Paraninfo de súbito se conmovió. El embajador del Brasil, Paulo Germano Hasslocher, iracundo, protestó por las palabras de Neruda. Domingo H. Turner lanzó un grito formidable contra Getulio Vargas, dictador del Brasil y ante las protestas del Embajador y los murmullos de los presentes, Méndez Pereira con suavidad advirtió al Embajador que estaba en la obligación de respetar el turno del orador.

ALUMNO

-Usted tendrá, dijo el Rector, derecho a la réplica el día y hora que acordemos.

profesor fue implicado en el «basukazo» disparado contra Pinochet. Entonces escribí un artículo solidarizándome con la angustia de mi profesor. También asistí a la famosa Escuela de Verano. Allí aproveché durante varias semanas los cursos de Ciencias Penitenciarias, de Criminología y de Ciencias Sociales, dictados por Israel Drapkin y Clodomiro Almeyda, este último posterior Canciller de Allende.

Un medio día, al salir de la Facultad, caminaba por los alrededores de la Feria del Libro, acerca de la Rectoría de la Universidad de Chile, y divisé la silueta de Pablo Neruda. Caminaba lento, con cierta indiferencia, con atuendo deportivo, calada su gorra y en sus manos se veía varios libros. Me detuve para precisar su estampa y cavilaba si debía saludarlo, y sobre todo porque la seriedad de su rostro no me garantizaba una recepción amable.

SALUDO

No quería exponerme a un desaire, pero ni modo, me dije, debo saludarlo:

- Señor, soy un universitario panameño y me agrada muchísimo saludarlo. Y sin esperar respuesta le recordé el episodio del Paraninfo como tarjeta de presentación familiar y sólo entonces de dibujó una sonrisa en sus labios y me dijo:

- Estaba Ud. allí? Qué noche

indignación. Si recuerdo al Príncipe de las Letras también recuerdo a Salvador Allende. En dos momentos lo vi y dialogué con él en Santiago. Uno, en la mortuoria de Valmore Rodríguez, Presidente del Congreso Venezolano cuando Pérez Jiménez derrocó a Rómulo Gallegos. Valmore Rodríguez murió exiliado

por Demetrio Porras.

- En 1940, me dijo, Porras estuvo exiliado en Santiago. Lo invitamos a una concentración de masas en el Teatro Caupolicán. Allí habló. Nunca había escuchado a un orador tan fecundo en el conocimiento de los temas para agitar a las masas. El Caupolicán vibró como nunca. Aquello me

incesantemente a grandes expositores. En el campo político los discursos Demócrata Cristiano y Socialista competían en las soluciones que ofrecían a la cuestión social. El Senado de la República era una cátedra permanente de Ciencias Sociales. Horas enteras, silencioso, las pasaba en las galerías escuchando a los senadores Raúl Rettig, gran orador, los Alessandri, Gumucio, Allende, Frei, Amunátegui y a tantos otros cuyos nombres se han escapado provisionalmente de mi memoria. Se vivía un clima democrático, una revolución cultural, un Estado de Derecho pleno y nada hacía presagiar que en pocos años Chile caería en la desventura de la tiranía.

REENCARNACIÓN

Veinticinco años después del golpe militar, políticamente Chile vive en democracia. Lleva ya dos periodos presidenciales en manos de la Concertación celebrada entre partidos y líderes democráticos que no quieren el retorno a la noche dictatorial. En la

Concentración Chilena no pueden surgir grietas y en homenaje a la madurez política de su dirigencia y de su pueblo no sería de extrañar que los demócratas cristianos apoyen al candidato socialista, el señor Lagos, de ganar éste las primarias convocadas entre todos los concertados. Veinticinco años después el socialista Allende



Pablo Neruda y Matilde Urrutia en la ciudad de Budapest.

en Macul, Santiago, y la noche de su muerte congregó a muchísimas personas en su residencia, tan llena de dolor. Yo asistí a la velación no solo porque conocía y traté a Valmore y a todos los exiliados venezolanos, sino porque además su hija América era compañera de estudios de mi esposa en el Instituto Pedagógico. Recuerdo

resulta inolvidable. Es un agitador social extraordinario.

La entrevista con Allende fue muy buena porque me puso en contacto con estupendas personalidades de su partido como Federico Klein y José Toha. Toha fue Ministro del Interior y de Defensa de Allende. Murió asesinado en una cárcel semanas

Méndez Pereira. Lo que recuerdo de aquella noche me proyecta un Neruda pausado, de voz gangosa, pero de dulce cantar. Nos brindó un hermoso recital. Supo combinar sus versos de amor con sus poesías revolucionarias. Dedicó poemas duros a Laureano Gómez y más duros a Getulio Vargas. Al recitar su elegía a la madre de Luis Carlos Prestes con motivo de su muerte, el Paraninfo de súbito se conmovió. El embajador del Brasil, Paulo Germano Hasslocher, iracundo, protestó por las palabras de Neruda. Domingo H. Turner lanzó un grito formidable contra Getulio Vargas, dictador del Brasil y ante las protestas del Embajador y los murmullos de los presentes, Méndez Pereira con suavidad advirtió al Embajador que estaba en la obligación de respetar el turno del orador.

ALUMNO

-Usted tendrá, dijo el Rector, derecho a la réplica el día y hora que acordemos.

Pablo Germano se retiró del aula gesticulando con inocutable disgusto. A lo largo del incidente Neruda permaneció ensimismado, como lejano del espectáculo, y reanudó su intervención como si nada hubiera ocurrido.

Mis ilusiones de juventud me llevaron a Santiago de Chile. Atraído por lo que ese país había hecho por la cultura panameña, me inscribí como alumno libre en algunas materias del curso regular de la Facultad de Derecho. Escuché todo un año a los profesores Álvaro Bunster y Jacitúa Navarrete, responsables de las cátedras de Derecho Penal y de Medicina Legal, respectivamente. El Prof. Bunster acababa de regresar de la Universidad de Roma y traía sus alforjas actualizadas y ricas. Posteriormente Allende designó al Prof. Bunster Embajador en Londres y luego un hijo de mi

los alrededores de la Feria del Libro, acerca de la Rectoría de la Universidad de Chile, y divisé la silueta de Pablo Neruda. Caminaba lento, con cierta indiferencia, con atuendo deportivo, calada su gorra y en sus manos se veía varios libros. Me detuve para precisar su estampa y cavilaba si debía saludarlo, y sobre todo porque la seriedad de su rostro no me garantizaba una recepción amable.

SALUDO

No quería exponerme a un desaire, pero ni modo, me dije, debo saludarlo:

- Señor, soy un universitario panameño y me agrada muchísimo saludarlo. Y sin esperar respuesta le recordé el episodio del Paraninfo como tarjeta de presentación familiar y sólo entonces de dibujó una sonrisa en sus labios y me dijo:

- Estaba Ud., allí? Qué noche aquella: muy oportuno el señor Rector.

El encuentro luego de las recordaciones debidas y de un diálogo muy amable se derivó a otros temas y nos despedimos con un apretón de manos muy afectuoso.

A Neruda vi en otras ocasiones, pero siempre como rodeado de una atmósfera enigmática y muy ajena.

Hace pocos años, con motivo del traslado de sus restos a su morada final recibí, como Rector de la Universidad, una invitación muy honrosa para asistir en Isla Negra a los actos organizados. Para entonces ya mi periodo estaba a muy pocos días de su final y decliné la invitación señalando los motivos.

A partir de aquel septiembre trágico de 1973 los días once y veintitrés de dicho mes me llenan de cierta tristeza y de cierta



Pablo Neruda y Matilde Urrutia en la ciudad de Budapest.

en Macul, Santiago, y la noche de su muerte congregó a muchísimas personas en su residencia, tan llena de dolor. Yo asistí a la velación no solo porque conocía y traté a Valmore y a todos los exiliados venezolanos, sino porque además su hija América era compañera de estudios de mi esposa en el Instituto Pedagógico. Recuerdo entre los asistentes a los actos que comento a Juan José Arévalo, ex-Presidente de Guatemala y a Ramiro Prialé, líder aprista.

PULCRITUD

En la casa de Valmore conocí a Salvador Allende, hombre de rostro muy severo, de aspecto frío, vestido con mucho rigor o pulcritud; era un hombre de mediana estatura. En esos días aún se vivía el drama del asesinato de Remón y la condena de Guizado. Allende se interesó mucho por tener noticias acerca de la verdad de lo ocurrido y me invitó a tomar «onces» en el Senado de Chile. En esa ocasión fue la segunda vez que conversé con él. A la hora del té me presentó a Eduardo Frei Moltalva, su adversario, y me llamó la atención el buen trato que se prodigaban mutuamente.

En la residencia de Valmore Rodríguez, Allende me preguntó

resulta inolvidable. Es un agitador social extraordinario.

La entrevista con Allende fue muy buena porque me puso en contacto con estupendas personalidades de su partido como Federico Klein y José Toha. Toha fue Ministro del Interior y de Defensa de Allende. Murió asesinado en una cárcel semanas después del golpe militar de Pinochet.

La última vez que vi a Demetrio Porras fue el día que triunfó Allende como candidato presidencial. Le envió un telegrama de felicitación. Allende le contestó en el acto. Leía su mensaje en torno a su lecho de muerte. Un derrame cerebral lo tenía postrado. Ya no hablaba. Su mano izquierda daba palmadas efusivas a su muslo. Así expresaba Porras su alegría por el triunfo de su amigo y de quien luego sería el Presidente mártir.

GENERAL

En la época que viví en Chile gobernaba el general Carlos Ibañez Del Campo. A pesar de que antecedentes golpistas, los episodios políticos se desarrollaban en un clima democrático. El salón de Honor de la Universidad recibía

hombres se han escapado provisionalmente de mi memoria. Se vivía un clima democrático, una revolución cultural, un Estado de Derecho pleno y nada hacía presagiar que en pocos años Chile caería en la desventura de la tiranía.

REENCARNACIÓN

Veinticinco años después del golpe militar, políticamente Chile vive en democracia. Lleva ya dos periodos presidenciales en manos de la Concertación celebrada ente partidos y líderes democráticos que no quieren el retorno a la noche dictatorial. En la

Concentración Chilena no pueden surgir grietas y en homenaje a la madurez política de su dirigencia y de su pueblo no sería de extrañar que los demócratas cristianos apoyen al candidato socialista, el señor Lagos, de ganar éste las primarias convocadas entre todos los concertados. Veinticinco años después el socialista Allende reencarnaría políticamente en otro socialista y gracias al apoyo de sus adversarios históricos. De igual modo el actual Presidente demócrata Cristiano, Eduardo Frei fue elegido con el voto socialista. Desde luego la Concertación busca figuras que sean garantes del imperio de la Democracia. Es la grandeza del talento que se despoja de lo subalterno en bien de la sobrevivencia de los valores democráticos.

En este último septiembre en Boquete, tranquilo valle paradisiaco, con el Neruda de Teitelboim embargando mi espíritu, siento que en esta soledad los recuerdos brotan en paisajes vivos, reales y vuelvo a ver a Neruda recitando sus poemas humanos, a Méndez Pereira dando lecciones de tolerancia universitaria y a Allende sembrando dignidad en el surco de la patria.